

AGENDA CIUDADANA

UNIVERSIDAD

Lorenzo Meyer

Lo Importante También es Urgente.- El proyecto mexicano de largo plazo sigue siendo el que ha sido desde que el país ganó su independencia: superar la situación de sociedad con fuertes divisiones en lo interno y atrasada y periférica en lo externo. En términos muy generales, la respuesta a ambos problemas consiste en lograr la modernización integral. En la actualidad hay desacuerdos muy hondos en relación a la mejor estrategia para lograr tal objetivo, pero nadie, o casi nadie, pone en duda que cualquiera que sea la vía que finalmente se adopte, el camino debe pasar, obligadamente, por montar un sistema de educación de alta calidad con penetración en todos los sectores y clases.

Pese a la existencia de un consenso sobre la centralidad y urgencia de poner al día el sistema educativo, poco se ha hecho al respecto. Hasta ahora, la inercia --los intereses creados-- es la que predomina y ella nos ha conducido, por lo que se refiere a la calidad educativa, a un empantanamiento. Y a la velocidad que se da el cambio en el mundo, perder hoy un año en la modernización equivale a diez o más de principio del siglo. Izquierda y derecha saben que el interés general exige que, a la brevedad, se de forma a una estructura educativa que de al grueso de los mexicanos y no sólo a una minoría, las armas de que hoy carecen para hacer frente a la brutal competencia ha lanzado a todas las sociedades la globalización, que hoy son gladiadores en una arena donde los derrotados, si no perecen, quedan condenados a vivir en la pobreza, la irrelevancia, la desesperanza.

La educación mexicana, en particular la pública, es deficiente en todos sus niveles, pero en su horizonte superior --el universitario-- es, además, víctima de una gran crisis de identidad y de propósitos: ¿quienes y como deben acceder a los niveles superiores del sistema educativo y cuantos recursos les debe destinar el Estado? En este punto el empantanamiento es ya un problema político mayor. Y no solucionarlo es aumentar el golfo que nos separa de las sociedades que marcan el paso en la creación, difusión y adaptación del conocimiento científico y tecnológico: la gran fuerza que hoy, aunque nos disguste, moldea al sistema global.

Recuperar el Tiempo Perdido- La experiencia histórica muestra que a las sociedades contemporáneas que por razones internas o impuestas desde el exterior, se rezagan en su desarrollo, les ha sido difícil o imposible recuperar el tiempo perdido. Entre más se retrase un país en montar la estrategia para recuperar el terreno que debió haber recorrido pero que, en su momento, no lo hizo, mayores las complicaciones y menores las posibilidades de llegar a hacerlo.

Desde luego que hay casos de países que, pese a su atraso, han logrado acelerar el paso al punto de no sólo superarlo sino incluso colocarse en el pelotón delantero, pero los ejemplos no son muchos. A inicios del siglo XIX, Japón era una de tantas sociedades con características feudales que formaban la ancha periferia del sistema internacional. Sin embargo, tras la restauración del emperador Meiji en 1867 se puso fin a la larga etapa de los gobiernos del shogun (militares) que fragmentaron al país desde el siglo XI. Del proceso de rápida concentración del poder político que se inició hace 132 años, surgió la decisión y posibilidad de centrar el esfuerzo nacional de manera casi obsesiva en la modernización. Para ello se decidió buscar, y se consiguió, la adquisición y dominio sistemático de la tecnología desarrollada en los países

centrales (Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos). Lo anterior significó, entre otras cosas, la voluntad de invertir grandes recursos en montar y sostener a partir de 1872 un sistema educativo universal y de excelencia para ganar un tiempo perdido.

Para 1905, ese Japón que medio siglo antes era mero objeto de la política imperialista de Occidente, ya contaba con una infraestructura educativa que le permitió llevar a cabo su revolución industrial al punto de poder derrotar a Rusia en una guerra donde el poder naval resultó definitorio --el almirante Togo Heihachiro derrotó a la flota rusa del Báltico-- y permitió a Japón una agresiva política imperial. La Segunda Guerra Mundial significó, desde luego, una gran derrota y destrucción para Japón, pero justamente por haber montada ya una sólida base educativa, su sociedad contó con el capital humano necesario para reconstruirse con asombrosa velocidad y llegar a ocupar el lugar privilegiado que hoy tiene en el centro del sistema mundial. Como al resto del mundo, la globalización actual está obligando al Japón a modificar una vez más sus estructuras, pero casi nadie duda que ese país superará los problemas del ajuste porque, de nuevo y entre otras cosas, cuenta con el capital humano y las estructuras para hacerlo.

Las Universidades.- Las instituciones de enseñanza superior son las joyas de los sistemas educativos de los países desarrollados y una de sus armas principales en la lucha por beneficiarse de la globalización. Pero resulta que la educación superior puede tener niveles de excelencia incluso en países subdesarrollados pero que cuentan con la voluntad de no dejar que el tiempo siga jugando en contra. Un par de ejemplos de lo anterior son China e India. La pobreza y el retraso constituyen una de las desafortunadas características de esos dos gigantes demográficos, pero su situación absoluta y relativa en el contexto mundial sería aún más difícil de no contar con ciertos

los centros de excelencia académica que pueden competir bien con los de las sociedades más desarrolladas.

El modelo de universidad que hoy domina en el mundo nació en Europa en la Edad Media, bajo la sombra y control de los poderes de ese período histórico: la iglesia católica, el emperador y los reyes. Desde su origen las universidades han sido instituciones ligadas con el poder y, por tanto, un sostén del *status quo*. Pero no son sólo eso; también han sido lugares donde ha surgido y anidado el pensamiento crítico -- en particular cuando se logró la autonomía y la libertad de cátedra--, fuente de ideas y proyectos políticos alternativos a los dominantes.

Históricamente, las universidades han sido no sólo grandes fuentes de creación y sistemas de transmisión del conocimiento científico, humanístico y estético, de tarde en tarde también han sido focos de tensión y conflicto con la iglesia, con el poder civil y con las ortodoxias dominantes. Ese choque de algunas universidades con el poder se explica y se hace inevitable porque en las primeras se fomenta y premia el preguntarse por las causas últimas, el buscar la explicación de todo y por considerar la duda sistemática no como una virtud y una necesidad.

En numerosas ocasiones, y como resultado de heterodoxias, a las universidades se les han negado recursos, cerrado sus puertas, nombrado interventores y sometido a vigilancia policiaca. En América Latina una y otra vez el ejército ha invadido el *campus*, encarcelado, torturado y asesinado a estudiantes y profesores y expurgado sus bibliotecas. Sin embargo, en la actualidad ningún sistema político que pretenda buscar la modernización podría funcionar sin universidades --propias y externas--, ni ninguna de las dictaduras del siglo XX ha logrado impedir del todo que el pensamiento crítico se mantenga latente dentro de los muros universitarios. Ejemplos recientes de lo anterior

fueron, entre otros, los estudiantes chinos en la plaza de Tiananmen en junio de 1989 o la cruzada antiautoritaria del físico soviético Andrei Sakharov durante la era de Gorbachev.

Si al final de cuentas, y pese a su inevitable propensión a cuestionar el orden vigente, los centros de poder han sostenido y fomentado a las universidades, es porque las necesitan, porque les resultan más funcionales que disruptivas. Para empezar, generalmente el grueso de planta de profesores y del cuerpo estudiantil tienden a aceptar el orden establecido y amoldarse a él. Además, de las universidades no sólo salen las críticas sino, con más frecuencia, los cuadros de administradores y los argumentos y teorías que sostienen, justifican y legitiman lo establecido. Por otro lado, las universidades, como el sistema educativo en general, son canales, aunque imperfectos, de movilidad social y, por tanto, de estabilidad. Es también en las aulas universitarias donde se preparan los analistas y los investigadores del gobierno y las empresas, y es en sus laboratorios, y cubículos donde se produce una buena parte de las innovaciones teóricas en el campo de las ciencias exactas, naturales y sociales, que luego son transformadas en productos, políticas, códigos y sistemas de organización y de creencias.

Con todo lo anterior bastaría para justificar la centralidad de la universidad en el mundo moderno pero el *campus* es también es un esfuerzo civilizatorio y más recientemente una construcción de la idea nacional. Junto a las ciencias, y en el mismo espacio donde están los laboratorios, se desarrolla algo que el mercado no premia pero que la sociedad necesita para mantener su memoria colectiva y cohesión: la preservación y reconstrucción del pasado, la reflexión sistemática sobre la belleza y los principios que impulsan y justifican la aventura humana.

El Deber Ser.- La educación superior actual no se desarrolla plenamente si se queda sólo en la transmisión y difusión del conocimiento y no se mantiene integrada a la investigación, es decir, a la creación de ese conocimiento. Así y sólo así, se puede lograr la esencia de la vida académica de alta calidad: enseñar al estudiante --y a la sociedad-- a pensar de manera crítica y científica.

La universidad es demasiado importante para ser dejada en manos de la estrecha mente de quienes únicamente piensan y se mueven en función del mercado. La universidad es un esfuerzo que puede parecer muy caro --Harvard, además de sus fuentes corrientes de ingreso, tiene un fondo patrimonial de 10 mil millones de dólares-- y en los países subdesarrollados requiere de un gran subsidio público. Sin embargo, a la larga, no hay mejor inversión, ninguna es más redituable, que la inversión en capital humano.

Pero si la educación, en particular la de nivel superior, no debería nunca juzgarse ni someterse a los dictados del mercado o de los burócratas de hacienda, sus administradores y su comunidad toda, también tienen la obligación de ser responsables y transparentes con la sociedad que facilita unos recursos que siempre serán escasos. Hay que dar cuentas al nivel más alto.

Toda universidad debe estar inmersa en la discusión y acciones para enfrentar los problemas de su comunidad y la universidad pública abierta a todo aquel que cumpla con los requisitos de admisión y permanencia, pero para poder desempeñar bien esta obligación central, ninguna universidad debería verse obligada a disminuir los estándares de calidad. La universidad no es, no puede ser, el instrumento idóneo para rehacer a la sociedad, para hacerla más justa, y si por fallas de los responsables políticos se le obliga a cumplir un papel para el que no fue creada --aceptar a todos, por

ejemplo-- el único filo con el que cuenta y última razón de ser --el del conocimiento científico-- se mellará sin que el conjunto gane y sí pierda.

La Revolución Mexicana buscó, y con razón, hacer de la educación masiva un instrumento de igualdad y justicia, pero el régimen postrevolucionario, por corrupción, falló en la calidad de esa educación. La universidad pública de hoy no puede aceptar a todos los que exigen ingresar a ella como parte de un derecho y sostener, a la vez, los niveles de calidad que exige la competencia de la globalidad. El resultado es la profunda crisis en que está hoy sumida la mayor universidad del país cuyo indicador más dramático son los 176 días de huelga. En situaciones extremas como ésta, cuando el problema ya se salió de los cauces normales, el tema debería ser puesto a la consideración de la más alta autoridad del país, que no es el presidente, sino el Congreso, el depositario de la soberanía y representante del todo. Así como la guerra es un asunto demasiado serio como para dejarla en manos del ejército, la educación superior es un área de interés nacional que, cuando está en peligro, debe de ser asunto ya no sólo de los universitarios, sino de la nación. ¿Pero tenemos un Congreso capaz de asumir tamaña responsabilidad?, es pregunta.